

Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

GALANTERÍA ALPINISTA

EL SEÑOR.—De ninguna manera, señorita; usted primero...

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas	UNIÓN POSTAL	
Semestre (26 —).....	10,40 —	Trimestre.....	9 pesetas
Año (52 —).....	20 —	Semestre.....	16 —
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		Año.....	32 —
Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas	ARGENTINA (Buenos Aires)	
Semestre (26 —).....	12,40 —	Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Año (52 —).....	24 —	Semestre.....	\$ 6,50
		Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LÓPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

==== MADRID ====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

14.—Para pasar bien el rato.

IIII50500

15.—Un bicho.

Juego animalito

16.—De "valientes".

SODIO INFINITO
× PIII

17.—Para tomar un "chato".

SODIO CARDENAL

18.—Donde se habla se escribe... y se duerme.

Vocal - Consonante - Consonante - Vocal

20.—Un refrán.

LABOR Y ORIENTE
FIGURA DE MI PROPIEDAD
Río de Castilla Calidad superior
Grupo de cosas En Vigo



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

21.—De un célebre discurso.

D : A L A
MONTE

22.—Un juego.

EL 1

19.—Charada.

—¿Vas a segunda tercera?

—No; a segunda prima tercera para variar de todo.

Cre-
ma



Polstar

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

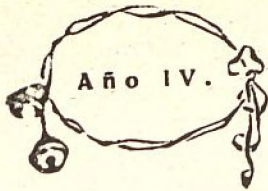
DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.

TUBO
2pts

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

Ayuntamiento de Madrid



“LOS VALIENTES ALPINISTAS”



EL GUÍA.— Permítanme que les ate con esta cuerda uno a otro. La ascensión que vamos a comenzar es tan difícil como peligrosa.

ALPINISTA 1.º— ¡Soy demasiado experto para necesitar esa cuerda!

ALPINISTA 2.º— ¡Yo quiero arrostrar mayor peligro!

ALPINISTA 3.º— ¡Y yo!

ALPINISTA 4.º— ¡Sería vergonzoso para mi merecida alcurnia de valiente alpinista!...

ALPINISTA 5.º— Yo tampoco quiero ser atado con esa cuerda. No tengo necesidad de ella.

EL GUÍA.— Comencemos, pues, la ascensión. Son tres mil metros y no debemos dejar que la noche nos sorprenda.

ALPINISTA 1.º— ¡Comencemos!

ALPINISTA 2.º— ¡Somos unos valientes!

ALPINISTA 3.º— ¡Arriba!

ALPINISTA 4.º— Sí, arriba. Estoy deseoso de escalar la alta cumbre.

EL GUÍA.— No nos detengamos, señores.

ALPINISTA 1.º— ¡Viva el alpinismo!

ALPINISTA 2.º— ¡Viva!

ALPINISTA 3.º— ¡Ay! ¡Me he torcido un pie!

ALPINISTA 4.º— ¡Bah! Un buen alpinista no debe torcerse un pie nunca. Prosigamos nuestra gloriosa excursión.

EL GUÍA.— Estamos a cincuenta metros... El peligro es, a cada paso, mayor...

ALPINISTA 1.º— ¡Bravo! ¡Cincuenta metros!

ALPINISTA 2.º— Esos cincuenta metros son el primer peldaño de la escalera que

nos ha de conducir al triunfo deseado.

ALPINISTA 3.º— Señores, siento la emoción de los héroes, el calor de las grandes empresas. Yo...

EL GUÍA.— ¡El peligro es grande! ¡Vengan por aquí, sujetándose a estas peñas!

ALPINISTA 1.º— No nos asusta el peligro. ¡Viva el peligro!

ALPINISTA 2.º— No hay peligro cuando la cabeza es segura y las piernas no tiemblan. ¡Adelante!...

EL GUÍA.— ¡Cuidado! Atravesamos el

Desfiladero del Diablo. A nuestros pies hay una sima espantosa. No perdáis la serenidad.

ALPINISTA 1.º— No pierdo la serenidad. La serenidad es condición indispensable de todo buen alpinista, y yo soy un buen alpinista. Continuemos nuestra ruta triunfal. Estoy deseando llegar a la cumbre, ya cercana...

EL GUÍA.— ¡Hemos llegado a la cumbre! ¡Tres mil metros! ¡Hurra! Las nubes yacen muy por debajo de nosotros. Ellas nos impiden admirar el

hermoso panorama. ¡Hurra! Nos encontramos en el monte más elevado de estos contornos, en uno de los montes más altos del mundo...

OTRO GUÍA.— ¡Hola.

EL GUÍA.— ¡Hola.

OTRO GUÍA.— ¿A quién hablabas? Me parece que estás completamente solo.

EL GUÍA.— Hablaba a mis cinco valientes alpinistas. Pero es cierto; estoy solo.

OTRO GUÍA.— Yo sí. Una vez, subiendo a la Montaña Blanca, me sucedió a mí igual que te ha sucedido a ti ahora, murieron todos los alpinistas, fueron despeñándose uno a uno, sin que yo me diese cuenta. Fué una contrariedad enorme. Figúrate que tuve que exigir mis honorarios a las familias de las víctimas. Tú tendrás que hacer eso mismo, si es que desees cobrar. Pero... oye...

¿Dónde te has metido? ¿Por qué te ocultas?... No te veo y hace un momento estabas aquí. ¡Ah! ¡Ya comprendo! Seguramente te has caído por este hondo precipicio. Daré la noticia en tu casa.

¡Bah! Al fin y al cabo no se ha perdido mucho.

Eras un mal guía...



Dib. SILENO.—Madrid.

J. SANTUGINI Y PARADA

LA PLUMA DE ORO

Mi amigo es un hombre miope, distraído, mal fisionomista y escritor. Todo ello supone varias enemistades y una fama de persona desdeñosa que no merece ciertamente.

Yo, que también soy escritor, mal fisionomista, distraído y miope, le comprendo y le compadezco. Los lentes dan al rostro un aspecto de ingenua e inofensiva pedantería; el no saber a qué nombre o a qué persona corresponden las facies ajenas, da lugar a que nos supongan mal educados o rencorosos. Y el que nos atraigan más el ritmo interior de nuestro pensamiento, los espectáculos nacientes de nuestra fantasía —donde se preparan las futuras novelas o las venideras crónicas— que las cosas o las gentes externas se atribuyen a altivez sin motivo.

Mi amigo conoce demasiadas personas. Ha ido, desde el colegio primario hasta el día, coleccionando involuntariamente apellidos, figuras, anécdotas, pasiones, bondades y malquerencias de los otros. Cada día estrecha por primera vez la mano de un señor a quien será preciso saludar siempre a no ser que intime con él, le haga algún favor y lo transforme de ese modo en enemigo.

Además tiene la buena costumbre de leer los libros que recibe. Y como ya no hay tiempo para leer en casa, lee en la calle expuesto a morir por un autobús o, lo que es peor, a que la fama de hombre mal educado aumente. Porque ya no sólo le distraen de encuentros con gentes a quien debe saludar (y recordar en el preciso momento de hacerlo la forma de mayor o menor afecto

que debe ponerse en el saludo) el espectáculo interior y el ritmo sensorial de sí mismo, sino el sugerido por el libro abierto ante sus lentes en medio de la muchedumbre.

A veces el temor de pasar por descortés, de acrecentar en torno suyo las suspicacias o los odios ajenos, le hace ir buscando ávidamente entre la multitud rostros para sonreírles llevándose la mano al ala del sombrero, o para no dejar sin respuesta ese ademán social hecho para él por un señor cuyo nombre ignora o no recuerda y a quien tal vez le debe algún disgusto.

Suele veranear en esos sitios donde todo el mundo veranea: los pueblecillos serranos, San Sebastián, Santander, y ello agrava su caso. Porque fatalmente se tropieza con esas facies, amigas o no que Madrid prodiga durante el invierno en los lugares favoritos de los descuidados y que han de atravesar alguna vez al día los que tienen verdaderas ocupaciones.

Mi amigo, el primer año de San Sebastián, saludaba a todos los que recordaba haber visto en Madrid, seguro de que habría entre tantos alguno que tuviese realmente derecho a ello; pero tuvo la desgracia de pasar por un hombre indigno a los ojos de dos o tres enemigos suyos con los cuales había roto toda clase de relaciones y a quienes hizo el más cariñoso de los gestos afectivos o excitó una sonrisilla de asombro en aquellas personas que no habían cruzado con él la palabra nunca.

Entonces el segundo año optó por «hacerse el loco», por aprovechar sus dotes naturales de distraído y de miope, para evitar el mostrarse atento con quien no lo merecía o con otras personas a las que sólo conocía de coincidencias en el «metro» o de ver todos los días a la puerta de un café.

Pero esto dió lugar a que perdiese no pocas amistades, entre las que había alguna digna de conservarse, porque no todos preparan un sablazo, o nos utilizan para la vivisección espiritual o murmuran cruelmente de nosotros con los demás.

■ ■ ■



Dib. GARRÁN.—Madrid.

EL PADRE.—*Ya sabes que no quiero verte en la calle...*

LA NIÑA.—*Pues no salgas de casa cuando sepas que estoy en ella.*



—¡Perdonen, señoras... supongo que no les molestará el humo!...

Dib. BERGSTRÖM.—París.

El verano anterior le robaron a mi amigo la estilográfica. Una estilográfica forrada de oro cincelado, que causa livideces de envidia a muchos compañeros a quienes no les interesa «cómo escribe» un amigo, sino «cómo puede escribir.»

Esa pluma le perjudica mucho. Sirve de pretexto a las argucias del editor para retrasarse en las liquidaciones. «Un hombre que tiene esa pluma no necesita escribir con ella para ganar dinero.» Han supuesto también que la obtuvo en unos Juegos Florales y ello le abochorna, naturalmente. Cuando abandona la tertulia cotidiana, no falta algún colega fraternal que insinúe la posibilidad de que la haya robado un día que fué a encargarse tarjetas en una papelería de la calle de Alcalá.

Todo menos reconocer la verdad sencilla y conmovedora: que fué un regalo de un admirador espontáneo, uno

de esos seres, cada día más raros, que se ocultan en el fondo de las viejas provincias como el monstruo antediluviano, que ahora persiguen unos cuantos sabios en el fondo de la Patagonia.

Mi amigo se envanece de poseer esta joya impropia de un escritor, a pesar de que le mancha el chaleco, la camisa, las puntas de los dedos y que siempre está dispuesta a verter la tinta en todas partes menos sobre las cuartillas.

Júzguese el susto que le causaría el año pasado cuando iba por la calle de la Montera, llevando esta joya inútil —como todas las joyas— en el bolsillo de la americana de punto, con el pañuelo y el reloj sujeto por una correita y sufrió un violento encontronazo con un individuo.

—Usted dispense, iba distraído— excusóse éste.

E incluso se apresuró a recoger del suelo el libro que lefa mi amigo y los

lentes, que milagrosamente, no se rompieron.

Mi amigo le miró sonriendo. Aquel individuo se parecía a alguien que él creía conocer o que debiera acaso desconocer para siempre.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad! ¿Usted no es Fulano?

El otro negó apresurándose a escapar. Mi amigo le gritó:

—¡Ah! Sí... Es usted Mengano. Pues, bueno; conste que no le doy las gracias.

Y se quedó tan tranquilo por haber humillado a un enemigo. Pero a los pocos pasos en el mismo sitio donde latía el reloj, aguardaba el sudor su pañuelo y fulgía la pluma, tuvo un sobresalto del corazón. ¿Habría sido víctima de un robo? ¿Aquél encontronazo no habría tenido por objeto arrebatarle la pluma?

No. Continuaba allí, sujeta al borde

del bolsillo por las garritas de oro que hacían un leve ruido al sacarla.

Siguió andando y leyendo por la calle de Hortaleza, cuando al cruzar por la de la Reina, alguien se cruzó con él y, limpiamente, produciendo el ruido de las garras de oro, le quitó la pluma. Se abalanzó sobre el ladrón y éste se apresuró a devolverla.

—Tenga, tenga, se le había caído al suelo con el libro, con los lentes...

Pero mi amigo cogió la pluma y no soltó al ladrón. Era el mismo individuo en cuyas facciones creyó reconocer otras, amables primero y odiosas después.

Se reunió gente, mujeres que compadecían al ratero, obreros que consideraban a mi amigo como un plutócrata, chiquillos que reñan y si baban. Todo menos guardias.

El ladrón dió un salto y echó a correr calle Montera abajo. Mi amigo detrás y detrás la gente.

Abreviando. Un agente de policía oportuno, un resbalón del ratero en el Mercado del Carmen, un pescadero forzado que se escandaliza de que haya gentes capaces de robar a nadie y que interviene en nombre de la sociedad en peligro, y finalmente la Comisaría, a donde fueron a parar todos juntos.

Mi amigo me recordaba ayer este episodio y su melancólica zozobra durante los seis meses que su pluma hubo de permanecer inactiva, ennegre-

ciéndose tristemente en el fondo de un cajón de una mesa de Juzgado.

—Sí... Y cuando venía a tu casa, en el Metro, en uno de estos coches que preceden a los especiales en los días de toros y que por lo tanto estaba lleno de gente, siento que alguien junto a mí me está mirando fijamente. Levanto la vista del libro y me parece reconocer a Perengano, ya sabes, ese dibujante tan conocido y que tanto conoce él las revistas extranjeras. Temeroso de incurrir en la grosería de no saludarle, le tiendo la mano y le digo con la mejor de mis sonrisas:

—¡Hola, querido! ¡Usted siempre trabajando! ¡Qué manos las tuyas, amigo!

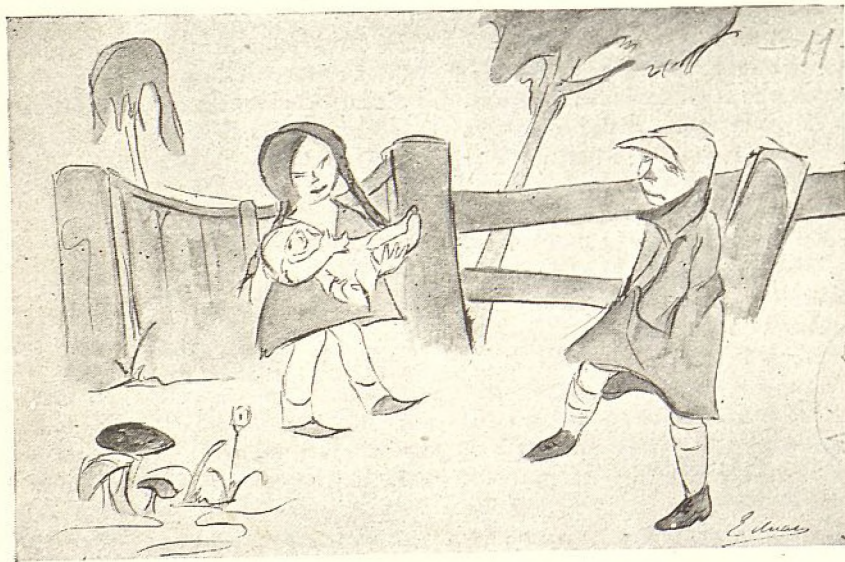
Pero me quedé estupefacto. Porque Perengano, lejos de responder a mi saludo, puso cara de espanto, se abrió paso a codazos y por poco se mata al saltar al andén en la primera estación. Entonces le reconocí realmente: era el ladrón de mi pluma.

Reímos.

—¡Bah! Después de todo quedaste bien. Supuso que eras un gran humorista o un gran chiflado.

—¿Y por qué no suponer lo que soy en realidad: un hombre muy bien educado? Ya ves: yo no dejo de saludar nunca con esa misma efusión a mi editor, a mi casero, a mi tendero... Y te aseguro que los conozco perfectamente...

José FRANCES



—¿Pero a tí te dejan el pequeñín?

—¡Sí, lo que no me dejan son los cacharros porque al caerse se rompen!

D.b. EDGAR.—Madrid.

BUEN HUMOR

GALERÍA PINTORESCA

ESCENAS DE LA VERBENA

(En el pim-pam-pum.)

XXV

Después de ponerse el sol y terminada la cena, se fueron a la verbena un francés y un español.

Los dos, amigos y obreros, trabajan, pues lo prefieren, en la misma obra, y se quieren como buenos compañeros.

Como por propio interés defienden causa común, al llegar al *Pin-pan-pun* dijo de pronto el francés:

—¡Ahoga vegás tú mis bríos! ¡Señoga, vengan pelotas que voy a dejarles rotas las narices a estos tíos!

—¡Muy bien hablaos, Valentín! Remángate bien los brazos y dale dos pelotazos en los morros a Ab del Krin!

¡Mira qué cara tan fea y qué mirada y qué traje!... ¡Si es propiamente un salvaje como los de la Guinea!

¿Pues y aquel otro muñeco que está al *lao* hecho un pelmazo? ¡Duro con ese morazo y a ver si lo dejas seco!

¿Y aquel negro que recuerda a un rey mago de Belén?

¡A ese le doy yo en la sién y que se vaya a... la izquierda!

—¡Vamos contra esos idiotas, —dijo el francés— compañero, y a ver quién es el primego que se queda sin pelotas!

(Y empezó tal bombardeo de pelotazos brutales que, aun siendo internacionales, nos sirvieron de recreo.)

—¡Ahoga, tú! —dijo el francés. —¡Pum! ¡Ya cayó ese animal!

¡Este va a ser un Annual como aquel, pero al revés!

—¡Ahoga, yo! ¡Pum! ¡Ya han caído tres moros que me asediaron!

—¡Ahora, yo! ¡Pum! ¡Se acabaron los moros! ¡Hemos vencido!

(Y, en efecto, entre los dos derribaron los muñecos, dejándolos tan entecos que no los cura ni Dios.)

Satisfechos de su hazaña y de sus fuerzas activas, se marcharon dando *vivas!* a la Francia y a la España.

La dueña del «tenderete» que es una señora inglesa más seca que una pavesa y más fría que un sorbete, viendo que iban a partir dijo al francés con mal gesto:

—¿E yo qué gano con esto? ¿me lo quiere osté desir?

FIACRO YRÁYZOZ



Dib. KARIKATO.—Madrid.

LA FICHA DEL MAH-JOGG

—¡Ay que ver la suerte de don Polícarpo!
Lleva dos manos haciendo ¡Pong con viento propio.

—¿Y qué me dices de tramá? ¡Toda la tarde con viento d. minante.

EL SOMBRERO DE PICOS

No es al de «tres candiles»
ni al «apuntado»
al que aquí me refiero,
lector amado:
el de paja con picos
es el sombrero
a que yo, en seguidillas,
hoy me refiero.
Es en mí, a fin de mayo,
cosa corriente
comprármelo sin picos
precisamente.
Y liso *el paja* llevo
por sus ventajas.
¡No le compro sin picos
a humo de pajas!
Sobre que no me gusta
poco ni mucho
rodear mi cabeza
con un serrucho,
al picudo, si al suelo
cae de repente,
se le parten los picos
muy fácilmente.

Y menos mal si ostenta
picos muy chicos;
¡lo terrible es si tiene
grandes los picos!

Entre los que llenaban
la plataforma
de un tranvía, un sombrero
de dicha forma
conducía en la testa
cierto sujeto
que ni un solo minuto
se estaba quieto;
y en su vaivén, un pico
clavó en la frente
de una señora guapa
que estaba enfrente.
Y hoy no solo la pobre
vive en un grito
porque en la abierta raja
sigue el piquito,
sino que el doctor dice
que de la raja

no le saldrá en la vida
toda la paja!

Al final del verano
ten por seguro
que si es «rueda dentada»
tu *paja* duro,
le han quedado (si es malo
como si es bueno)
la mitad de los picos
que en el estreno;
sobre que, si al principio
parecen nardos,
cuando acaba septiembre
son picos pardos.
Por todas estas cosas
precisamente
procuro, aunque ie importe
poco a la gente,
que mi *paja* (esté nuevo
o esté hecho añicos)
no tenga nunca muchos
ni pocos picos.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

SOLILOQUIO FILOSÓFICO CREMATÍSTICO

Yo soy un estupendo filósofo de altura,
un sabio más profundo que el mismo Salomón;
no hay un talento macho igual que el de este cura
que no tiene pareja, así que está de non.

El más hondo secreto descubre mi mirada,
las ciencias más abstrusas domina mi saber;
yo sé lo que es el todo y sé lo que es la nada
y donde el ser empieza y do empieza el no ser.

Los mundos de infusorios me deben su existencia,
de mundos y de astros me sé las leyes mil
y sé lo que es la forma y sé lo que es la esencia
y sé por qué al espíritu domina el barro vil.

¡Queréis prueba palpable de mi saber profundo?
Pues, voy a prodigarme. ¡Silencio y atención!
¡Que nadie pestañee! ¡Que calle todo el mundo!
Señoras y señores...: comienza la lección.

Sabéis que en el planeta el malestar se masca;
sabéis que la zozobra se aspira por doquier,
que el carro del progreso aquí y allí se atasca
y proseguir no puedo, ni atrás grupas volver.

Sabéis que hay ruidos sordos que anuncian cataclismos,
que grandes terremotos vendrán de ellos detrás,
que a diestra y a siniestra tenemos dos abismos
y al frente y a la espalda hay dos abismos más.

Sabéis que las virtudes están en bancarrota
y que es una antigualla rancísima el honor,
que todos los valores los tienen en compota
y ¡es claro!, con azúcar están mucho peor.

Sabéis que las Naciones afilan los aceros,
sabéis que se avecina la guerra universal,
que en quiebra están los sabios y están los caballeros...,

más no sabéis lo gordo. ¿Cuál es? Que no hay un real.

Están todos los Bancos extraustos y vacíos,
en todos los Estados hay trampas a granel
y todo son combinas, empréstitos y líos
y todos los mercados se inundan de papel.

Y gasta el individuo su haber quintuplicado
y la Nación derrocha sin tino ni compás,
y el uno *pega mangas* y la otra echa al mercado
empréstitos y empréstitos y más papel y más.

Papel que es la mentira más grande y más villana.
Si yo tengo mil duros... ¡dejad-melo creer!
¿por qué no *me los diñan* en pasta catalana
y no en papel que puede *papel mojado* ser?

La hacienda de mis hijos, el fruto de mi esfuerzo
riqueza es efectiva y no de similo.

¿Por qué he de contentarme cual zóilo mastuerzo
con que un Banco me diga: que «paga al portador».

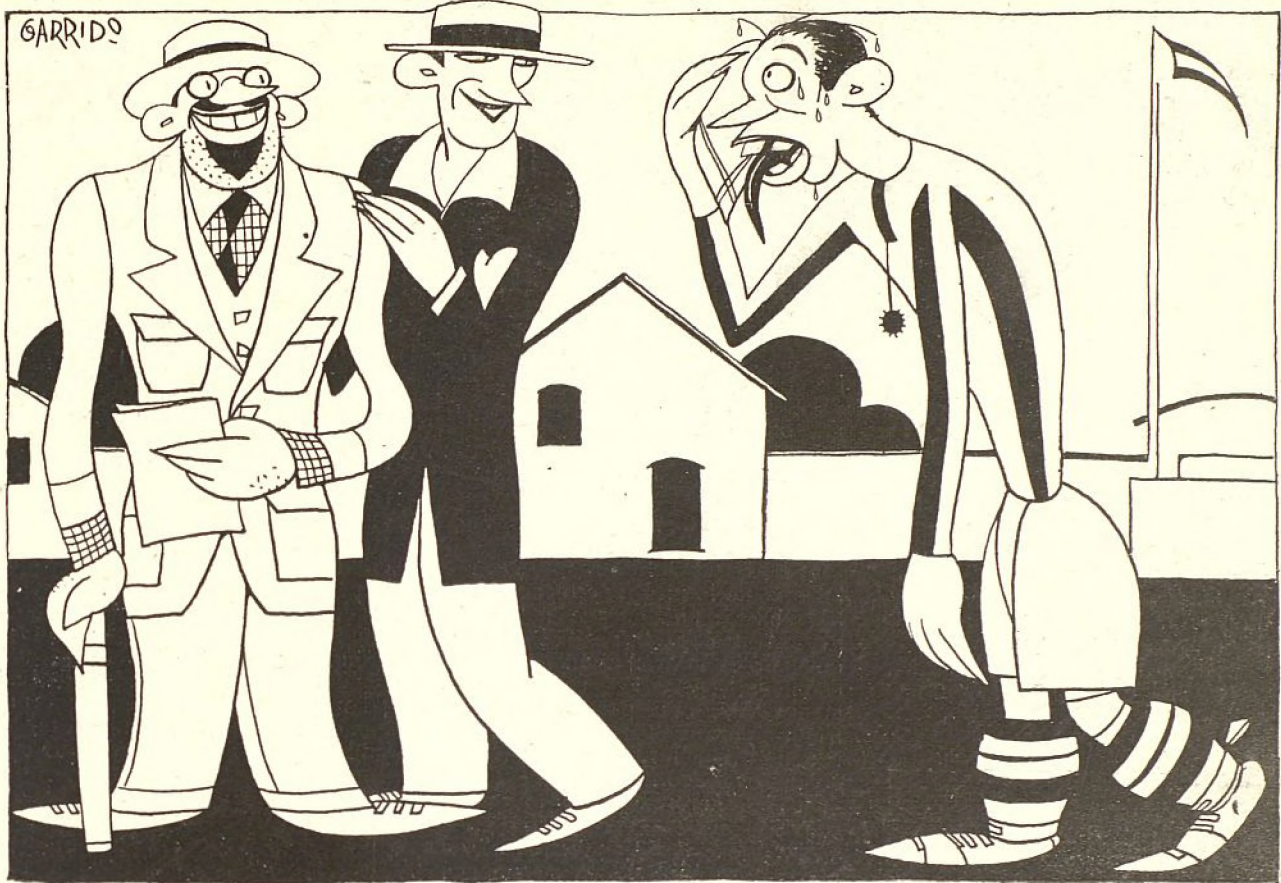
Del crédito de todos, los Bancos se sostienen.
Vivimos trampa *alante* y déficit atrás.

Si todas las Naciones adeudan más que tienen,
¿qué queda de los Bancos? Tres patas nada más.

Toditos los humanos vayamos sin demora;
cambiamos los billetes por oro brillador
y a ver cuál de los Bancos resiste ni una hora
y a ver si todos cumplen pagando al portador.

¡Hacedlo! ¡No es el oro en esta perra vida
verdad tanta que en otra no encuentra paridad!
¡Hacedlo y os anuncio cambiada y convertida
en un embuste insigne la más grande verdad!

VICENTE ESCOHOTADO



—Mira, éste es el profesional que gana más dinero jugando al fútbol.
—Sí; ya se ve que el oficio le rinde mucho.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

EPIGRAMAS DE "BUEN HUMOR"

Vende cordilla Rufina,
la mujer de Adolfo Mato,
en un puesto de la esquina
de la calle de Gravina
que se titula *Pa el gato*.
Su parroquia es de primera,
pero la ganancia entera
se la gasta en vino Adolfo.
¡Total: que Adolfo es un *golfo*
y ella es una *cordillera!*...

...

Conciertos de acordeón
anunció en Estava un día
un virtuoso de Gijón
del que además se decía
que tenía un memorión.
El público llenó Eslava
y cuando ansioso esperaba
piezas de Vives y Luna,

el hombre no tocó ni una
¡porque no se *acordeonaba!*...

...

En Barcelona hay personas
que hablan mal el castellano
y entre ellas algunas *donas*
de esas de carácter... llano.
Yo a una chica conocí,
en cierto cine al que voy,
que para decirme: *¡sí!*
la pobre me dijo: *¡noy!*...

...

El dentista Juan Almela
es hoy de los más seguros
y de mejor clientela.
¡Le saca a usted una muela
y le saca veinte duros,
le duela lo que le duela!...

...

Estaba en Fuenterrabía
veraneando Sarabia,
pero fué su suegra un día...
Y ayer Sarabia escribía
que se encuentra en Fuente-Rabia...

...

Se casó el cabo Quiñones
con la enana Paz Pedraja
y a la pobre los guasones
la llaman la *caba* baja...

...

La mujer de Luis Ciudad
tiene hoy escandalizada
a toda la vecindad,
pues se llama Soledad
y está siempre acompañada...

NÉSTOR O. LOPE

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

Lo que piensa de Ernesto Vilches una niña "bien"

Nosotros supimos que se hallaba en Madrid Ernesto Vilches, de vuelta de América y que se preparaba para presentarse en Madrid, estrenando un teatro nuevo, el Teatro Infanta Beatriz, bombonera del Barrio de Salamanca, (Hermosilla, esquina a Claudio Coello.) Consideramos entonces que se imponía la entrevista. Pero no a él: a una admiradora pensando que siempre serían más interesantes acerca de un artista las opiniones de un admirador — más aún de una admiradora — que las del propio artista.

La admiradora a quien nos dirigimos



Irene López Heredia, en traje de mejicano.

no hizo por toda respuesta más que arrancar de su album unas hojas y entregárnoslas. Son estas:

«... ¡Aquí otra vez! ¡qué suerte! Cuando leí que estaba gravísimo en un sanatorio de Nueva York pasé una tarde gris: creí que no volvería a ver-

le más. Pero afortunadamente está mejor, dispuesto a trabajar y dispuesto, según me ha dicho Goro, a estar comiendo caramelos a cualquier hora del día, a pesar de la úlcera de estómago... ¡Golosó!... ¡Por algo me es a mí tan simpático! A mí y a todas, por supuesto. Porque le gusta a las chicas un horror...

Y es que habrá otros actores tan buenos, no lo niego; pero él es uno de los números uno; porque números uno hay más de uno... Por eso está bien eso que se dice ahora: es un *as*. Vilches es un *as*; y ases hay cuatro, por lo menos. Ahora que para mí es el *as* del triunfo; porque Vilches tiene lo que no tienen otros actores: leyenda... Es un actor novelesco... La gente cuenta de él cosas sorprendentes: aventurero, gran señor, tirando el dinero y ganándolo; perdido a veces, jugador en ocasiones, por distracción; artista siempre... Yo no sé si será verdad, pero debía serlo...

Se cuenta que una noche pierde al bacarrat cientos de miles de pesetas.. Al día siguiente vuelve con dinero y al perderlo... pide cambio de una moneda de oro exótico que no se atreven a cambiarle en el Casino donde juega... ¡Eso es gesto de hombre aventurero! Así me gustan a mí: viajeros, cosmopolitas, principescos: ayer estaba en un país, hoy en otro y no sabe de dónde es el dinero, ni donde lo gana ni donde le deja... Don Emilito, el confesor de la Concepción me regaña cuando le confieso que me gustan los hombres así, pero a mí que no me digan: eso es lo *chic*...

Y él es *chic*; me acuerdo un día, la única vez que le he visto algo de cerca: fué en Eslava. Los cómicos y amigos de la casa habían formado una sociedad para hacer funciones en broma, y tener fiestas entre ellos después de la función; a veces se llenaba el teatro con gente que iba de los demás teatros, o algunas, como yo, que entrábamos con amigos de la casa. Todos íbamos, estábamos un rato y ¡adiós! ¡hasta otra!

Una noche la señora de la casa, Catalina, recibía una canastilla con marrón glacé, obsequio de uno de los invitados que había sido el único que se consideró en el caso de corresponder

a la invitación con una gentileza: era Vilches.

Yo casi no le ví aquella noche: estuve dos filas detrás de mí y estábamos a oscuras... ¡Cómo me quedé, sin verlo! pero casi me alegré, porque así me lo sigo figurando lo mismo que cuando voy al teatro y luego en mi cuarto me quedo pensando en él, mucho rato... tirada por los puff de mi gabinete, como uno de esos muñecos de moda que están siempre derrengados con la morfina, por todas las butacas y que me ganan a mí a... decadentes... ¡Qué muñecas estas más atroces!... ¡si mamá no fuera tan inocentona como es y se diera cuenta no me permitiría tener estos muñecos!...



Irene López Heredia, primera actriz de la Compañía de Ernesto Vilches.

¿Tendrá Vilches muñecos de esta clase?... Dicen que es un hombre refinado y que ha corrido mucho mundo; y que tiene muchas curiosidades exóticas... Nosotros, cuando estábamos en el colegio y pensábamos que en la gran sociedad había orquídeas y un libro que se llamaba «Las flores del mal», ¡todo lo que se nos ocurría!..., y luego fuera del convento no se encuen-

tran más que soserías... No encuentro apenas nadie que me entienda como en las Ursulinas... A Vilches me lo he figurado yo como un hombre así, de siete vidas... Y a todas les pasa lo que a mí... Por eso es el actor de las damas. ¡Es tan fino!, ¡tan elegante! ¡Y



Vilches, en Wu-Li-Schang.

sabe inglés!... Eso de que un actor sepa inglés ¡da un prestigio!... No sé por qué, pero lo da. Se figura uno que debe ser el colmo de lo fino y que podrá contarle a uno todo lo que pase por el mundo, porque ¿qué secreto se va a resistir en este mundo a un hombre que sepa inglés?...

La otra mañana pasé por la calle de Serrano, donde ha tomado Vilches un pisito bajo; crucé dos o tres veces, como quien no hace la cosa, por delante de los balcones y, no diré que me puse de puntillas, porque con estos tacones voy siempre de puntillas, pero alargué el cuello y miré adentro de reojo. De reojo y no descaradamente, porque nosotras de reojo vemos más. ¡Lo dicho!: aquello era un sueño: un nall mejicano, con tejidos y esterillas, y fotografías mejicanas; y un gabinete chino y un comedor moderno... El ideal... lo que una sueña. Porque lo que a una le encanta más de este actor es la variedad. ¡Cómo se caracteriza! Nunca es el mismo. En una obra, que no sé cómo se llamaba—nosotras no sabemos nunca cómo se llaman las obras que vemos a Vilches, porque vamos a ver a Vilches, no la obra—, hacía un chico de diez y siete años, y era exactamente de diez y siete años... Un hombre así es el ideal; que no me digan... Porque no es un hombre, son varios... Si yo encontrase un marido así, que fuera un hombre corrido, con el pelo blanco y el monoculo, un poco mefistofélico, como aquel tipo que ha-

cía en aquella obra de no sé quién —y luego resultara que me había casado también con un chico de diez y siete y luego me encontrase en el gabinete chino con Wu-ti-Chang (no sé si escribe así) o con otro por el estilo, con el miedo y la curiosidad que a mí me dan los chinos... Sería un encanto; sería como haber resuelto el problema de la infidelidad.

¡Qué mujer de más suerte la López Heredia! Todas las escenas de amor de todas las comedias las hace con ella. No se contenta con ser guapa y tener buena figura y tener esa belleza así... tan interesante, un poco de mujer fatal, sino que además hace con él en todas las comedias las escenas de amor... Luego dicen que trabaja bien... Sí, trabaja bien. Es lo que dice Gorito: «Si él es un *as* ella es un *asa*; pero, ¡vamos!, ¡como para agarrarla!» ¡Qué bruto es!; habla como cuando juega al foot-ball: a golpes. Irene López Heredia está bien, pero yo creo que también yo estaría bien haciendo todas las escenas de amor con Vilches vis a vis (yo les haría bis a bis). Puede que luego, si llegara la ocasión, viese que yo no tengo tanto talento como la López Heredia; pero por mi gusto, probaría. Quien no quita la ocasión, no quita el peligro. Y a mí ¡me atrae tanto el peligro!...»

ENTREACTOS

Tragicomedias.

Se cuenta de Maupassant lo siguiente:

Lo cuenta André Maurel, que se lo oyó a Paul Bourquet, quien a su vez se lo había oído referir a Francisco el criado de Maupassant.

Maupassant, aquejado ya de la locura, tuvo unos días de dolores leves; fué a ver a su médico y éste le dijo que tomara *podofilo*. A los pocos días volvió Maupassant diciendo que los dolores le habían aumentado. «¡Ah!—dijo el doctor—; pues deie inmediatamente el *podofilo*. El *podofilo* va contra usted.» Al volver a casa dijo Maupassant a su criado: —«Tengo un enemigo. Se llama *Podofilo*. Viene contra mí. Si viene a buscarme le echas ¿me oyes bien?..»

A los pocos días Maupassant no hablaba ya más que de su enemigo *Podofilo* y de que *Podofilo* le perseguía y de que mataría a *Podofilo* en cuanto se lo encontrara.

El médico que lo supo encargó que no dejaran armas de fuego a su alcance o que le quitaran las balas a las cápsulas de su revólver.

Días después oye Francisco una detonación en el cuarto de su amo. Va precipitadamente al cuarto y se encuentra a Maupassant agitadoísimo:

—¿Sabes lo que pasa? —le dice a

su criado—. Pues pasa que soy invulnerable. Acabo de dispararme un tiro en la sien y ¡no me ha pasado nada! ¿Crees que es mentira? ¡Míralo!

Y llevándose el revólver a la sien disparó de nuevo. Tampoco aquella vez resultó herido.

—¿Lo ves? ¿Lo crees ahora? Nada puede alcanzarme, lo mismo podría cortarme la garganta. ¡igual!...

Antes de que Francisco pudiera evitarlo se había dado un corte en la garganta... Seis meses después moría, loco, en un asilo, cerca de París.

De Pierre Louys, el autor de *Afrodita*, el inmortal pero muerto recientemente autor de *Afrodita* y de *Las canciones de Bilitis*, se cuenta lo siguiente, ocurrido allá por el año 98:

El poeta André Lebény oyó una noche que llamaba el timbre de la puerta de la calle. No hizo caso, pero tanto insistían, que se decidió a levantarse y salió a ver quién llamaba: era un chico de telégrafos.

—¿Un telegrama a estas horas?

—Es que viene de muy lejos—dijo el chico—. Viene de África. Y cuando vienen así de tan lejos, los repartimos en seguida, no sean que traigan noticias graves.

—Ah, muy bien. Pues gracias entonces...

Dió una propina generosa al chico y abrió el telegrama pensando, inquieto, que Pierre Louys viajaba entonces por



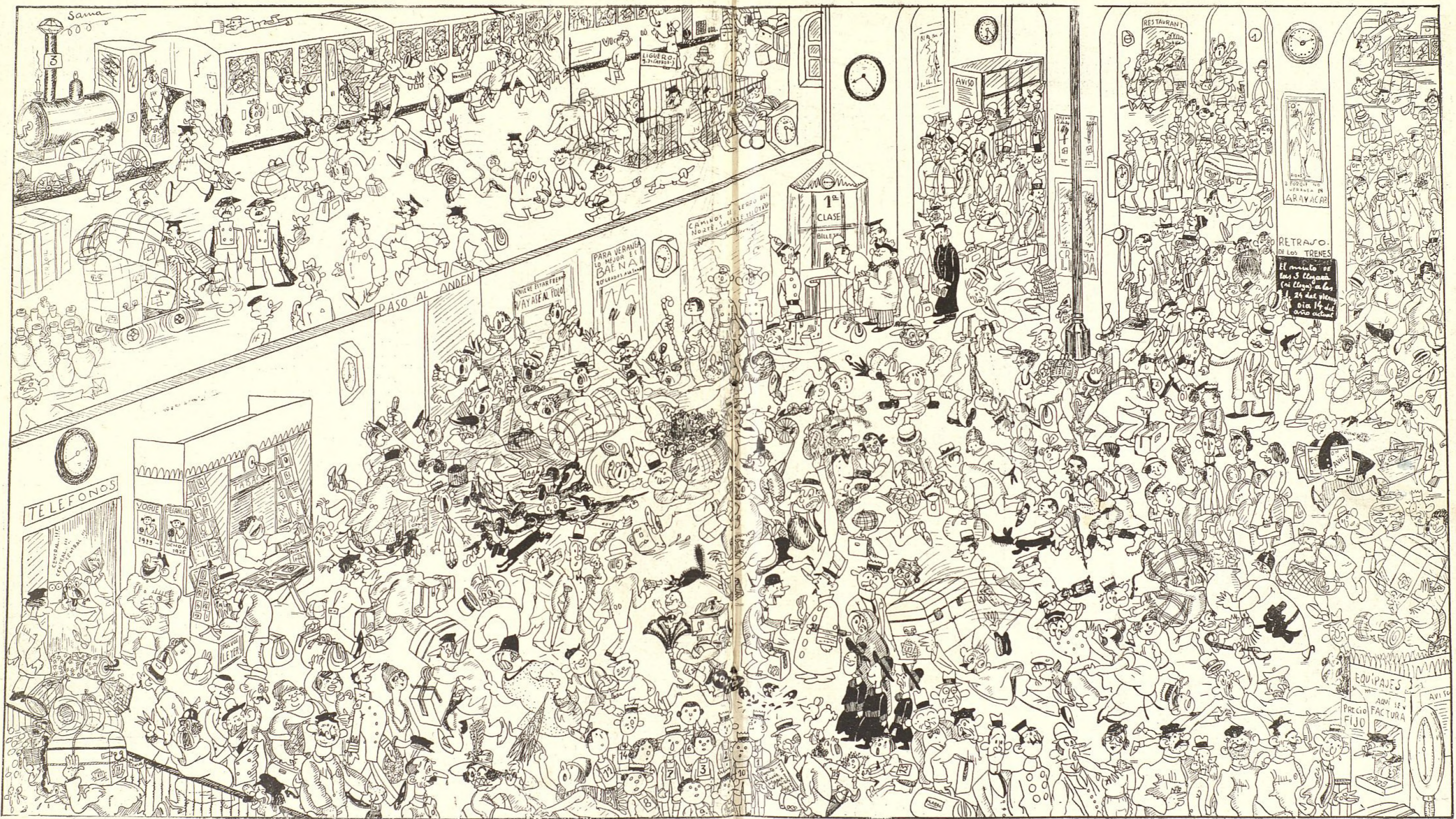
Vilches, en El marqués de Priola.

el Africa y acaso pudiera traer malas noticias.

El telegrama era, en efecto, de Pierre Louys. Decía esto:

«André Gide completamente desconocido en Tizi-Aza.»

Por la copia,
MANUEL ABRIL.



LA ESTACION DEL NORTE

Cróquis expreso de la hora del rápido, o apunte rápido de la hora del expreso,

Ayuntamiento de Madrid

D.b. SAMA. - Madrid

UN MANICOMIO NOTABILÍSIMO

El otro día tuve la atlética satisfacción de elogiar en estas columnas (o mejor dicho, en aquéllas: en las del otro día) la sapientísima, científca, humanitaria y furibunda conducta de un tal doctor Fernández, citando una cantidad tan enorme de curas, que un jubileo en Roma se quedaba cortísimo a su lado. El susodicho doctor Fernández, como ustedes recordarán, se había hecho célebre, gracias a varios tratamientos por hipnotismo y sugestión, para los cuales tuve los más fervidos alaridos de alabanza y las más incandescentes frases de enaltecimiento, todo muy merecido y muy bonito. Esto, que me ha valido la gratitud de todos los hombres de ciencia y de parte de mis lectores (a los que llamaré hombres de paciencia), me valió también una visita del médico aludido, que, aunque vino a visitarme estando yo completamente bueno, al marcharse de mi casa me dejó bastante peor. No por eso guardo rencor a la Medicina y, en prueba de ello, quiero perseverar en mi tarea de darles a conocer a ustedes a los doctores más eminentes de las diversas especialidades de que consta la noble y altruista profesión, tan injustamente calumniada por los enfermos graves y por una buena cantidad de los leves.

Tócale hoy el turno a otro fenómeno medicinal que atiende por el nombre del doctor Ramírez y cuya especialidad

son las enfermedades mentales. Ramírez, pues, es un disparatado alienista que, aburrido por el número de locos, taratas, mochales, guillados, idiotas, cencerros y viejos chochos que pululan por el planeta, se ha propuesto combatir con mano dura y con faz hurraña tan dolorosa plaga y lleva camino de conseguirlo en un plazo más breve y perentorio que el que necesitó Don Juan para convertir a Mejía y al comendador en dos birrias cadavéricas, que en paz descansen.

El doctor Ramírez cree que la mitad de los locos que hay en el mundo, lo son porque se lo consiente la familia y la autoridad y que la otra mitad están locos por darse importancia y porque hoy eso viste mucho más que un ayuda de cámara. En efecto, se sabe de muchos supuestos delirantes que son simplemente unos majaderos y que para pasar por personas serias y considerables, dicen *¡estoy loco!*, usurpando un honor que de ninguna manera les pertenece. Ramírez está en vías de concluir con estos abusos y de librar a la humanidad del azote de la chaladura y yo que lo sé desde hace la mar de tiempo, y que vengo asistiendo a sus triunfos curativos, me complazco en hacerlo público para pasmo y edificación de Madrid, y esto de la edificación hagan el favor de no tomarlo por donde quema los lectores que sueñan con la ley de casas baratas y con

los interiores de seis duros con vistas al campo. ¡No es por ahí!

Como ustedes comprenderán, un doctor como Ramírez, lo primero que ha hecho es mandar construir un manicomio a su imagen y semejanza, en el cual y por una módica cantidad pueden alojarse hasta mil chiflados categóricos. Estos disinguidos socios son sometidos desde el primer día a una serie de manipulaciones y a unos procedimientos tan brutales de curación, que no hay uno solo que a la semana no jure a gritos que ya no está loco y que tiene más razón que un santo y que no lo volverá a hacer más.

Y como la mejor manera de encomiar el sistema de Ramírez para curar la demencia, es citar algunos casos de los más graves, allá van con nombres y detalles los historiales de varios de los locos que en tan notable manicomio han conseguido volver a convertirse en personas civilizadas y respetables.

Son los siguientes:

RUDESINDO CARVAJAL.—Enfermo nervioso, natural de Cuenca, que se empeñó en tocar la quinta sinfonía de Beethoven en una ocarina. Su familia, no pudiendo resistir el concierto, le recluyó en el manicomio de Ramírez, insinuando la sospecha de que el pobre estaba tocado. Ramírez demostró que la que estaba tocada era la sinfonía, le quitó la ocarina y le regaló un contrabajo, obligándole a ejecutar con él el primer acto del *Parsifal*. A los tres días, el guillate se negó a tocar el violón y esto bastó para que el doctor le diese de alta. Determinación lógica, porque no tocando el violón, no había modo de sostener que estaba loco. Actualmente Rudesindo está tan sano de la cabeza, que es el único español que no ha comprado marcos y que no lee las cosas de Unamuno,

ESTANISLAO MENCHACA.—Loco furioso, nacido en Logroño. Su dolencia comenzó por un constipado nasal que le obligaba a sonarse con triste frecuencia. Un día, al acabarse de sonar, lanzó un grito y dijo: ¡qué mal sueno! ¡ay de mí! ¡es que soy sevillano!, y rompió a llorar con bestial desconuelo. Su esposa quiso consolarle y fué obsequiada con una pateadura prócer. Al segundo ataque, le largó la familia al consabido manicomio del repetidamente egregio Ramírez. Allí siguió insistiendo en sonarse y en decir que era sevillano. Un día cambió el disco y se quitó la ropa en medio del jardín del establecimiento, cubriéndose únicamente con una hoja de parra. De esta guisa repugnante, comenzó a vociferar: ¡soy sevillano y además tengo



ECHANDO LAS CARTAS

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

LA ECHADORA.—Ella te quiere con frenesí, pero en esta carta veo que un hombre que te quiere mal se cruzará en tu camino. ¡Ten mucho cuidado!

EL CHOPER.—¡Si se cruza en mi camino el que ha de tener cuidado es él ...

hoja! Aquello, como ustedes verán, se ponía muy feo, pero Ramírez no desmayó. Toda su misión se redujo a que cada vez que Estanislao decía que era sevillano, Ramírez le replicaba que era de Logroño. Y como esto era verdad y lo otro era una estupidez. Menchaca acabó por acordarse de que había nacido en la Rioja y un día lo reconoció humildemente. A la mañana siguiente tomaba el tren y a los tres días estaba ya dando de puñetazos a su mujer, pero ahora en serio y con pleno conocimiento. En este momento, es viudo y no piensa en volverse loco jamás, de lo a gusto que se encuentra.

PATRICIO VALBUENA.—Demente bilbiliano que perdió la razón en Calatayud al ver que tenía el mismo apellido que la Dolores y calcular que podían pensar de él las mismas enormes cosas que pensaban de la pobre muchacha, tan popular en España y el extranjero. De nada sirvió el que le hicieran ver que era sepulturero y que, por tanto, no estaba en condiciones de hacer un favor ni a su padre. Patricio tuvo que ser llevado al manicomio, y el doctor Ramírez siguió con él un método de una sencillez inefable. Un día le rogó que le afeitase y Patricio confesó que ignoraba tal oficio. Otro día le pidió cinco duros y Valbuena contestó que no tenía suelto. Al día siguiente le suplicó que le cantase el racoconto de *La canción del olvido* y el loco consternado, dijo que no sabía la música. Y, por último, una mañana le ordenó que se arrojase de cabeza al estanque y Patricio se negó resueltamente. El doctor, muy enfadado protestó: ¡usted no es capaz de hacer el menor favor, y está usted presumiendo! ¡Váyase a la porra, idiota!...

Y Valbuena salió del manicomio, convencido de su lastimosa equivocación, y marchó a Calatayud. Allí siguió ejerciendo su profesión de enterrador con tal perfección y práctica que, el día que murió (porque ya ha muerto, gracias a Dios) se enterró él solito sin consentir ayudas de nadie.

TOMÁS JARANDILLA.—Caso de demencia formidable. Se trata de un panadero, establecido en la calle de Toledo, que empezó a vender el pan con el peso justo. Sus deudos, alarmadísimos, lo llevaron a la casa de salud de Ramírez y éste diagnosticó el asunto de una locura en un grado de gravedad como para pegar un tiro al paciente para que no volviese a hacer semejantes bestialidades. En este caso, de imposible curación, Ramírez también tuvo un éxito, que la familia le ha agradecido mucho.

El éxito ha consistido en no dejar salir a Jarandilla del manicomio hasta que se muera; y como, en virtud de esta medida, la familia fabrica ahora

el pan con la falta de peso impuesta por la moda, pues ¡velay!

Un triunfo como para que levanten una estatua a Ramírez, y depositen coronas ante ella todos los panaderos de la península cada cien años.

BENITO PICATOSTE.—Ultimo demente de la lista, aunque debiéramos decir de la serie; porque poner una lista junto a un loco es hacer de menos al loco. Pero, en fin, ya está hecho el daño y no hay manera de disimularlo.

Este Benito Picatoste era maestro constructor y contratista de obras. Perdió la razón una vez que se encargó de edificar una finca para el futbolista Zamora y se olvidó de poner la portería. El arquitecto era un suizo, que no se percató del descuido, y el propietario de la casa se enfadó y, en lugar de tomarla con el suizo, la tomó con Picatoste. Este cayó en un estado de postración imbecil y fué trasladado a

la casa de orates del ínclito Ramírez, donde continuaba cuando visitamos el establecimiento.

Ramírez no ha visto para este enfermo más sistema de curación que hacerle trabajar en su oficio de albañil y elogiarle todo lo que hace. El pobre Benito se encarga de todas las reparaciones que hay que realizar en el manicomio y las lleva a cabo con inusitada rapidez y perfección. Ayer mismo le vimos dar cima a la ardua tarea de instalar un *water-closet* para señoritas dementes, y el loquero que nos servía de *cicerone* nos mostró a Picatoste, cuando trabajaba, con esta frase lapidaria:

—¡Fíjense los señores! ¡Un loco hace un ciento!...

Y como han visto ustedes por lo que antecede, era verdad.

ERNESTO POLO



Dib. PADILLA.—Puente Viejo.

—Dinos, Quisquín: ¿qué es eso del traje regional?

—Debe referirse a los de moda que sólo tapen algunas regiones.

CON EL PIE EN EL ESTRIBO

UNA COMPAÑERA DE VIAJE

«Señores, ha llegado el momento de largarse».

Hay quienes atribuyen esta frase a Danton y aseguran que la pronunció al subir los escalones de la guillotina. Está patente, número 875, que el lugar a donde se iba a largar el revolucionario de Arcis-sur-Ave era la consabida, infecta y siempre tenebrosa laguna Estigia. Más claro: que se iba a largar «al otro barrio».

Supongo que, si verdaderamente fué aquel abogado ilustre quien lanzó al aire esa frase, la lanzaría de esta forma elegantísima: «Monsieurs, voici le moment de se larguer.» La Historia no lo dice, pero ya se sabe que la Historia es una tómbola de olvidos y de inexactitudes.

El lector comprende de sobra que esas palabras merecen el beso de la posteridad. No es muy frecuente construir una frase tan bonita y que haga el pie tan microscópico.

Pues bien: las circunstancias —Bae-deker vital por excelencia— nos obligan a pronunciar ahora la frase dantoniana. Comienza agosto en el instante en que trazo estas líneas; el calor aprieta más que un tribunal de oposiciones al Consejo de Estado, y la gente que se estima huye de Madrid como de los dramas románticos.

Desde la segunda quincena de julio los madrileños han aguantado las bromas sofocantes del Fahrenheit a fuerza de introducirse en el organismo frecuentes y abismáticos vasos de horchata y de café helado. Pero ha llegado un punto en que la horchata es lamentablemente insuficiente. Para tranquilizar la ardiente glotis y la abrasadora epiglotis se necesitaría que le vertieran a uno en el vaso un iceberg y ya

hice ver en otra ocasión la imposibilidad de que esto suceda.

Frente a esta situación deplorable surge, todos los años, indefectiblemente, el recuerdo de la frase histórica arriba citada. «Ha llegado el momento de largarse.» El propósito se hace firme como un soldado durante la parada y el viaje, con toda su fantasmagoría rutilante —¡toma del frasco!— aparece ante nuestros ojos, intensamente soñadores y ligeramente présbitas. Y se viaja.

Confesemos que hay otra causa que nos empuja al tren. Vive desde hace eternidades en el interior izquierda de nuestro pecho y acaso en toda la vida no huirá de allí. Esta causa es la aventura de viaje. No existe un solo hombre, por muy misógino que el Señor le haya fabricado y por muy enemigo del tópico que sea, que no piense al pisar el vagón: «¡Si hubiera por ahí una viajera que *estubiese bien*!» Se coloca la maleta en la redecilla, se le sacude un emolumento —vulgo propina y mucho más vulgo «propi»— al anciano mozo que nos ha transportado el equipaje, se cuida de que la corbata se halle en un perfecto estado de conservación y equilibrio y, buscando la precitada viajera, se dirigen las visuales de las pupilas —vulgo ojos y mucho más vulgo «clisos»— a todos los departamentos del convoy —vulgo tren y mucho más vulgo «mónstruo de hierro».

Declaro para vergüenza, oprobio y baldón de mí mismo, que yo he hecho igual al hollar con mi etéreo brodequín el vagón en el que respiro hace unas horas.

La viajera ansiada estaba allí, con una silueta como para hacer blanco a tres mil metros, con una elegancia que

el cardenal Richelieu fué un desarrapado, con unos ojos como los escaparaes de Lacloche y con una sonrisa tan vaga que si la lleva al ministerio de Gracia y Justicia la admiten creyendo que era una empleada de aquel laborioso centro.

Al ponerse el tren en marcha me senté a su lado y comencé a hablarla muy tiernamente. Me miró sin sorpresa y acto seguido fué a sentarse en una butaca de enfrente. La seguí en el traslado y alabé su buen gusto de viajar de espaldas a la locomotora. Inmediatamente, la dama se permutó junto a la ventanilla y yo me coloqué a su vera. Catorce minutos después, se marchó a la butaca finítima al pasillo y yo la seguí en el cambio, opinando que el ejercicio físico da excelentes resultados, según Max Müller.

Entonces la viajera salió al tránsito y se puso a contemplar el paisaje. A mi vez contemplé el paisaje con los ojos entornados. Recorrimos las catorce ventanillas del pasillo y cuando se le acabaron las ventanillas, la dama pasó al vagón de al lado. Hice mutis detrás, y en el fuelle tuve ocasión de decirle que soy vegetariano.

El vagón siguiente fué recorrido de un modo meticuloso y pasamos al que le precedía. Luego visitamos escrupulosamente el que iba a continuación y después nos asomamos a todas las ventanillas y nos sentamos a todas las mesas del vagón restaurant.

Pronto se nos acabó el tren y hubo que volver sobre lo andado hasta tocar el vagón de cola. En seguida caminamos en sentido inverso y arribamos al ténder, para retroceder hasta el final del convoy y regresar a la cabeza.

Yo había hablado ya de amor, de psicología, de astronomía, de álgebra y de física experimental. Confieso que empezaba a estar algo fatigado.

Y hubo un momento en que la pregunté, temiendo algo de aquella extraña conducta:

—Señora .. ¿acaso es usted casada?

Se paró en seco y repuso con voz dulce:

—No. Soy peripatética.

La abandoné y me dejé caer en mi butaca.

Hace de esto cuatro horas. Ella sigue recorriendo el tren y ya ha pasado cuarenta y tres veces frente a la puerta de mi departamento.

Espero conseguir su amor cuando yo me decida a dar la vuelta al mundo en una «pattinette».

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(En el tren.)



El día

Dib.
CONCHA RODRÍGUEZ
ORTIZ
Espínosa
de los Monteros.

EL CHICO.—¿A que no adivinas lo que voy a ser yo?
LA CHICA.—¡Enterrador! Siempre te estás andando en las fosas.

EL VIAJERO

Es un tema muy de momento, que hay que aprovechar antes de que se pase la temporada.

Entendámonos: no es que en el resto del año no se viaje, no. Díganlo los dividendos de las Compañías ferroviarias. Lo que pasa es que, de julio a octubre viajan los españoles, todos los que pueden. El resto del año viajan por España los ingleses y los viajeros de comercio, raza nómada que debemos considerar aparte de la raza aborigen y sedentaria del café, del pararse en las aceras a hacer tertulia, del asistir a las novenas y a las paradas militares, y tantas otras características.

Ahora, en estos días, el español a quien suena el bolsillo, prepara sus maletas y toma un tren.

Como nosotros hemos sido alguna vez viajeros y, sobre todo, hemos ido a las estaciones a despedir a mucha gente, podemos abordar el tema con algunos conocimientos a favor, casi con una base de cultura, como se dice por ahí.

Quizá, el tema en general sea demasiado lato y también demasiado vago. Demasiado por tanto para desarrollarlo con el balcón abierto en una noche de canícula y demasiado para leerlo (el que lo haya de leer) en una hora de siesta, larga, densa.

Yo podría tratar el asunto con algún detenimiento y hasta escribir un tomo en octavo; pero, entonces, ustedes no lo leerían seguramente con lo que, tanto como yo, perderían mucho.

Vamos a fírlarle un pellizco al tema, un corrusco de corteza dura. Hablemos del viajero en su delirio de grandezas.

Nada tan evidente como que en el viajero se vuelca ese delirio de grandezas que llevamos dentro, y que nos empuja a comprar corbatas, a pagarle, alguna vez, el vermouth a los amigos y a cenar una noche fuera de casa.

Cuando uno sale con sus maletas por la puerta de casa, se vuelve otro hombre. El dinero cambia de valor, y gana por un lado lo que pierde por otro.

Un taxi, sin vacilar. Sin vacilar, por primera vez, como si fuera posible no tomarlo.

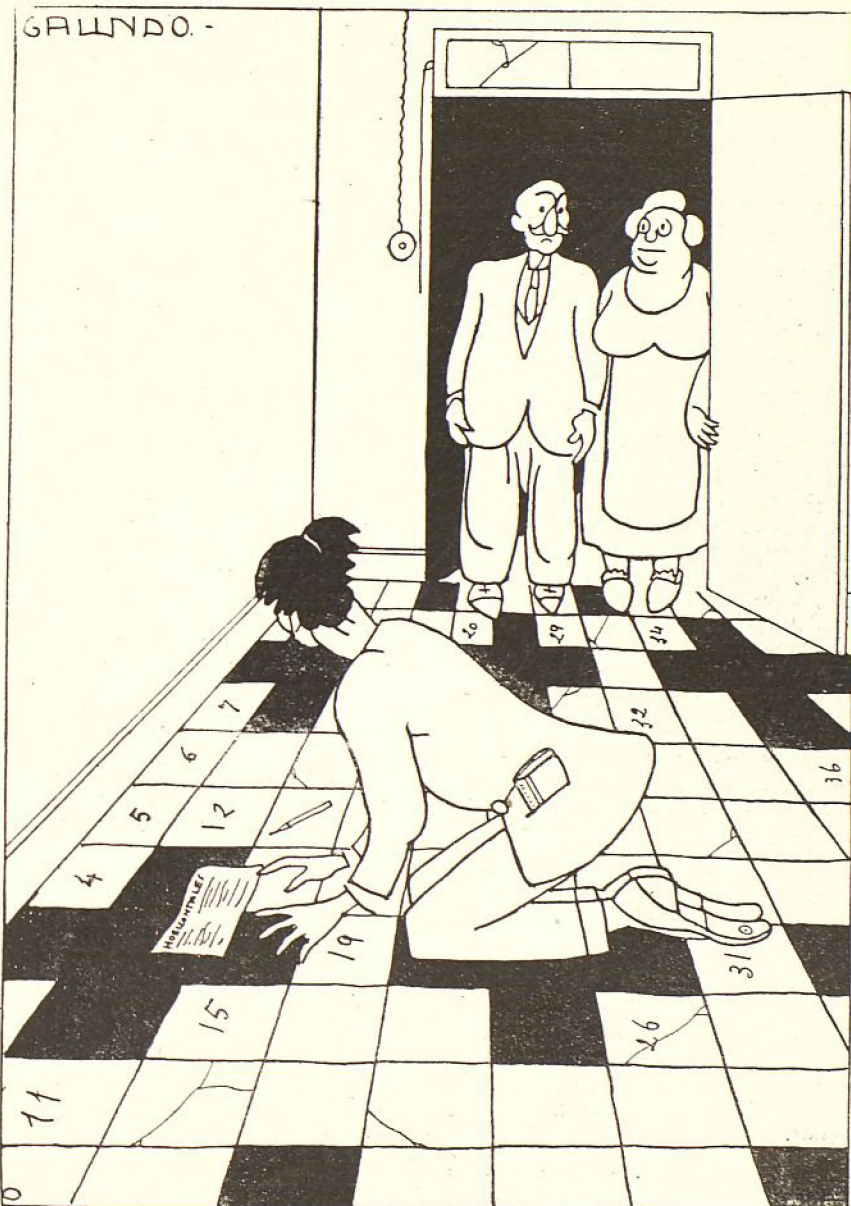
En la estación, damos las primeras propinas; ese rastro de monedas que dejaremos por todo el camino. En esto, se irá agravando el afán de aparentar. Las propinas del viaje, en el tren, en el hotel, en la ciudad extraña, son dobles o triples a las que solíamos en los demás días, en los de la vida de siempre.

El camarero, el limpiabotas, el botones, son más afortunados con nosotros por más extraños. Nos parece

como que la ciudad nueva nos mirará mal y no querrá creer lo millonarios que nos hemos vuelto.

Antes de salir, compramos, en la misma estación, varios periódicos y un libro de cinco pesetas.

Con la mano puesta sobre el corazón... ¿Cuántas veces hemos entrado en una librería de Madrid a comprar un libro de cinco pesetas? Siempre, los más aficionados, lo hemos regateado en el baratillo. Mas siempre, lo hemos



Dib. GALINDO — Madrid.

PALABRAS CRUZADAS

— Ya ve usted: desde que nos hemos mudado no ha consentido que amueblaran la habitación hasta que no descifre lo que ha querido decir el anterior inquilino!

pedido prestado a un amigo, para devolverse muy sucio y con la portada rizada por las puntas.

¡En cambio, basta que un tren nos espere, hecho eslabones junto al andén, para que un duro no tenga el valor de antes y lo demos otra vez sin vacilación.

Podemos llevar la maleta nosotros, y sin embargo, nos complace que otro hombre nos la lleve, y le pagamos por ello.

Se nos descubre que la humanidad está llena de servidores; que todos quieren hacernos un favor, evitarnos la molestia más pequeña, y esto se traduce en dinero que se va, con abundancia. Parece como si quisiéramos dejar grabado en lo más sensible del mozo

de estación el rasgo de darle dos pesetas y que ya siempre, cuando paseemos, se nos quitará la gorra de la cifra dorada.

Por todo esto, siempre volvemos con poco dinero. Los imprevistos se lo han comido todo; pero ¿no son los imprevistos los que nos han hecho grandes señores, los que nos han permitido adoptar las poses más empingorotadas, los que nos han dado la sensación más firme de *estar fuera*, de no ser los mismos del día antes, de la vida del día antes?

En Arnolde Bennett hay el cuento del empleado que mediante una mensualidad, tiene derecho, al cabo del tiempo, a un viaje largo, a un viaje de diez días en manos de las agencias. En

nuestro RAMÓN, está más claro el caso y es más español. No es la agencia ni la sociedad. Es el hombre sólo, que hereda y vive en EL GRAN HOTEL un año entero. En esa novela —¿novela?— perfecta, grande, más por lo hondo que por lo largo, estamos todos los que, asomados un día al pretil de la misma clase, en el cuarto de al lado de los ricos, nos hemos sentido opulentos y nos hemos querido pintar como tales con una propina, igual que todos para el que la toma, pero para nosotros asombrosa —sangre de nuestra sangre— cuando contamos, al cabo del tiempo, que dábamos propinas de a duro, cuando el viaje se nos había subido a la cabeza.

José LÓPEZ RUBIO

DEVANEOS HUMORÍSTICOS

LOS MAESTROS CANTORES DE LA MONCLOA

Delante del banco de la Moncloa donde acabo de tomar asiento, se ha posado una banda de gorriónes, que bullen de un lado para otro dando acompañados saltitos en la arena. Uno de ellos ha tomado por servilleta el borde de una silla y se ha limpiado el pico, como si fuese una navaja que se pasa por el suavizador. La pulcritud del ave contrasta con la desidia nasal de un chiquillo, el cual ha convertido mi estómago en tributario de Loeches.

Una hoja verde (sí, todavía me parece que «están verdes»); resbala desde la copa de un árbol (las «copas» han producido en el mundo muchos «resbalones»), y va a dar sobre la gorra de un guarda, que fuma con otro, también de gorra.

Yo sigo con la mirada el ir y venir de los gorriónes y voy tomando notas mentalmente para esta crónica, de la que el astuto gorrión será el protagonista.

El gorrión —medito— es un sabio nato. Conoce al hombre mejor que este al gorrión, aunque parezca lo contrario a simple vista. Digo esto, porque cuando el hombre ve a cualquiera de esos volátiles, en seguida exclama sin vacilar.

—Es un gorrión.

En cambio cuando el gorrión ve al hombre, dice muy escamado y para su pechuga:

—¿Qué clase de «pájaro» será este?

¿Pensais que es quizás porque no le conoce? No. Es porque le conoce demasiado; es decir, mejor que el hombre a él, que era lo que tratábamos de probar.

Y probado eso vamos a probar otras

cosas que pondrán de manifiesto que el gorrión es un Salomón con plumas, que si no escribe otros *proverbios* será porque no le da la gana, pero nunca porque le falte cacumen para ello. Veamos.

El aire que el gorrión respira es más puro que el de nuestra habitación (que no es «puro» por culpa del cigarro). La prueba está en que jamás se le ocurrió a él ir a oxigenarse a nuestro despacho, y nosotros sí acudimos a donde él está.

¿Tiene o no más «pesqui» que el hombre?

Me diréis que el gorrión no es tan listo, cuando se tiene que comer lo que a nosotros nos sobra. Cierro que se lo come. Pero tengan ustedes en cuenta que no le cuesta un ochavo. En cambio nosotros nos comemos lo que les sobra a los demás en ciertos hoteles y restaurantes, y pagamos dinero encima.

¿Siguen, pues, teniendo más «pesqui» los pájaros ¿no?

Pero continuemos.

Si los gorriónes riñen no es, como nosotros, por un quitame allá esas pajas, sino por un quitame allá esas migas. Es decir, lectores, que batallan por el pan, por lo indispensable, por lo que, en suma, se debe pelear, y que es, como digo, por lo que ellos riñen; y para eso, nunca llega la sangre «al canalón.» Unas veces da uno de ellos un picotazo a su rival y otras lo recibe de éste, con lo que cobra un «reintegró» y se va tan campante, diciendo con Baroja (que por llamarse «Pío» es el autor favorito de los pájaros): «El mundo es así!» Con este sabio co-

mentario y mientras se rascan en e sitio lesionado, terminan las riñas de los gorriónes.

¿Siguen siendo más sabios que el hombre.

El gorrión va a donde él quiere: a la ribera, al pinar, a la playa... El hombre, a donde quieren los demás: a la guerra, a la oficina... Respira un aire purísimo, canta, come, juega y se baña, lo que no hacen el 80 por 100 de los hombres, y lleva una vida higiénica, ordenada, como Dios quiso. ¡Ah! Y se ríe de los médicos higienistas... y de los otros...

Los gorriónes abren el pico con causa justificada: para comer, para cantar, para defenderse, para algo útil en fin; en cambio, los hombres abren el «pico» para mil impertinencias. Y no es lo peor que lo abran; lo peor es que no aciertan a cerrarlo.

En fin, lectores, que por todo lo dicho y por las vandálicas intenciones del ser humano, entre el gorrión y el hombre hay una gran distancia... afortunadamente para el gorrión.

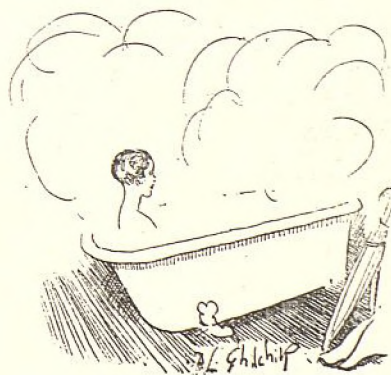
Sí. Porque el indefenso, pero avisado volátil, reconoce que el hombre suele equivocarse siempre en todo. Pero, a lo mejor, se agacha, coge una piedra, y el muy cernícalo, que erró en cuanto hizo en su vida, acierta esta vez y despechuga al infeliz animalaje.

No sé si he dicho todo lo que pensaba en elogio del gorrión, en este artículo escrito a «vuela pluma».

Si lo he dicho, cierro el «pico» al instante y «ahuéco el ala.»

Y si no, no he dicho nada, lectores.

MIGUEL DE CASTRO



(De Punch, Londres.)

BAÑO DE MAR

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA HERENCIA

POR F. SERNADA

Tropiezo en la calle a «Hilo de Seda» y cogiéndome de un brazo me lleva a un café próximo. Allí me hace una revelación.

—¿Me ves andrajoso?... Pues espero ser millonario.

—¿De veras?

—Como te lo digo. Estoy a punto de heredar a un tío mío que ha muerto en América recientemente, pero no puedo conseguir entrar en posesión de la herencia.

—¿Tan difícil es?

—Vas a ver. Todos me conocéis bajo el nombre de «Hilo de Seda», pero en realidad yo me llamo Nestor Feón. Mi padre era lañador y, partidario del menor esfuerzo, había encontrado un truco para tener clientes sin fatigarse gritando sus méritos. Lejos de huir de sus competidores, se las arreglaba para ir siempre cerca de alguno de ellos. Cuando el «colega» gritaba: «Arreglo barreños, platos y fuen-

tes! Mi padre, con la sonrisa en los labios, añadía sencillamente: ¡Yo, también! Y a él era a quien le daban los objetos para lañar.

Pero no se trata de esto. Mi padre, habiendo resuelto casarse, contrajo matrimonio con una señorita llamada Eulalia Devin, su prima hermana, que murió poco después de la boda. Eulalia tenía una hermana, Aurelia, y mi padre se casó con ella en segundas nupcias: De este modo no perdía la dote de su difunta mujer, a la cual añadía la de su segunda mitad, lo que era un negocio.

De este segundo matrimonio nació yo. Esto parece que no tiene nada de particular, así a primera vista. ¡No soy yo el único que ha venido al mundo! Pero, espera, vas a ver cómo no es tan sencillo como parece. Atiéndeme bien. Habiéndose casado mi padre con su prima hermana y luego con la hermana de ésta, es innegable que se casó con mi tía; de modo que yo era ni más ni menos que el sobrino de mi madre. Además, y esto es lo más raro, como yo era el hijo de mi tía, me convertí al propio tiempo en el primo hermano de mí mismo, y puesto que mi padre se había casado con su prima, que era también su cuñada, por la ley natural de las cosas, era yo igualmente mi propio primo político.

Bajo tales auspicios, mi nacimiento tenía que ser acogido con una alegría desbordante. Mi padre se emborrachó con los testigos y el secretario de la alcaldía, y sin saber cómo resultó, que en lugar de inscribirme en los nacimientos, lo que hicieron fué extender mi partida de defunción en toda regla.

—Bien, pero ahora la herencia...

—No me hables de eso. ¡Es horroroso!

Incapaces de ver claro en el asunto, tres abogados han abandonado la carrera para dedicarse al comercio; un notario huyó a Bélgica y el presidente del tribunal que hubo de entender en mi asunto, se volvió loco furioso. ¡Impresionado por mi filiación, llegó a creerse padre de sí mismo!

—¡Buena la has hecho!...

—Y pensar que todo era inútil, porque no heredaré.

—¿No?

—No. Acabo de saber que mi tío de América ha dejado testamento y lega toda su fortuna a una sociedad que fabrica chalecos de cuero.

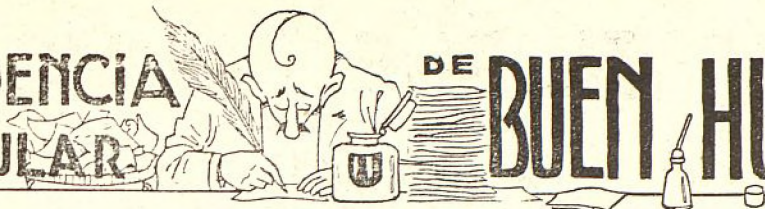


LO QUE TODOS ESPERAN

(De London Opinion Londres.)

G. P.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
Apartado 12.142
MADRID

Dibujantes amables, finísimos cortesés. — Últimamente ha sido honrado nuestro cesto con la visita de los siguientes artistas: A. R. (Madrid); Mick (Barcelona); Pío (Madrid); S. Torregrosa (Torrevieja); Kpcte (Madrid); P. R. P. (Valencia); Francisco Gil (Madrid); A. Romalde (Melilla); Resto (Madrid); R. B. C. (Barcelona); P. A. Gros (Madrid); Saturnín (San Sebastián); Calamocano (Cádiz); R. D. T. (Madrid); Orestes (Valencia); Cañita (Sevilla); El otro (Salamanca); Willy (Madrid); Sir Simplón (Madrid); J. R. S. (Beyonne); Facies Feam Granulorum (jarrea, constipado), de procedencia des-

AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL. 13

conocida, y, por último, D. Luis Jimeno, de Madrid, que es un señor tan mal dibujante como buenísima persona, al cual, si bien no podemos agradecerle de ninguna manera los dibujos prehistóricos que nos envía, le agradecemos en cambio con toda nuestra gigantesca alma los elogios que nos dirige (y que son muy merecidos, qué caramba,

para qué nos vamos a andar con tonterías de modestia!...

Pipo IV. Gijón. — Tiene muy poco interés para nuestros lectores el que su novia sude en Baden-Baden. ¿Lo está usted viendo? ¡Ni uno sólo se ha conmovido al leer la noticia!...

Argos Valladolid. — Nada de chulerías ni de versos castizos. Eso pasó ya a las enciclopedias como documento curioso de una época en que la gente no se lavaba los pies y presumía cuando se gastaba siete reales en un coche de punto.

Brunete. Madrid.
Eso es bastante flojete, y no nos sirve, Brunete.

Lolita. Madrid. — Decididamente, el porvenir es de ustedes las mujeres activas y estudiosas. Triunfan ustedes en los cómicos, en las universidades, en la medicina, picando billetes en el Metro, en todo, en una palabra. Usted misma le da ciento y raya a todos los poetas de costumbres que hemos tenido hasta la fecha. No existe hoy un poeta macho capaz de escribir estas palabras con que usted narra la tragedia doméstica de cada día:

... y el ingrato
la tiró un plato

Cesáreo Alonso
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.
Talleres propios. Precios económicos.
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

y la hizo una herida que la durará toda la vida, sin perjuicio de al poco rato con un beso dejarla convencida.
¡Es de la mujer el sino fatal!
¡Esclava del hombre ser, que es un animal!

Muchísimas gracias, señorita, por la parte que nos toca, aunque suponemos que esa frase no será más que una licencia poética. Usted, como cada *quisque* (ó *quisca*), estará deseando encontrarse con el animal que por clasificación la corresponde. ¡Qué nos va usted a contar a nosotros!

Marco de Aphorae Grecia. — Faltaríamos a la verdad (oh, helénico y delicuescen-te amigo!, si no

reconociésemos en sus cuartillas destellos literarios conmovedores. Envíe, pues, lo que se le antoje, porque pudiera ser que saliese algo aprovechable. Esto que nos ha llegado como botón de muestra, no llega a la completa perfección exigida, pero promete como hemos dicho al principio. Ahora, usted verá si la promesa puede convertirse en cumplimiento de la palabra o no.

Charivari. Bilbao. — ¡Mire usted, amigo, a nosotros no nos venga usted con líos!... ¡Nosotros le llama-

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA. — CARRETAS. 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

mamos a usted imbécil hace unos días, porque la frase no tenía más remedio que surgir impetuosa y avasalladora!... Hoy cambia usted de seudónimo y nos escribe, fingiendo que es un amigo de usted mismo y dedicándose unos elogios que nos han hecho caer al suelo en conocimiento. Se llama usted a sí propio ilustre, festivo, licenciado, honrado padre de familia y probo empleado particular... Pues bien, no hacía falta esta aclaración. Usted es todo eso que usted dice, y además imbécil que dijimos nosotros. La cosa es deplorable, pero perfectamente compatible y hasta congruente. ¡Si todos los honrados padres de familia fuesen listos, no habría por ahí tantísimos hijos idiotas!

G. M. Palma de Mallorca. — Una cosa que se titula *Pobre Sinforia*

Desde que un gran orador dejó ¡menuda herejía! de usar del Polo el Licor no dice esta boca es mía (y hace bien porque da horror).

no!, no puede acabar bien de ninguna manera y ¡claro!, ha acabado en el cesto.

F. S y P. Madrid. — No reúne las condiciones necesarias, aunque en obsequio de usted haremos constar que no es una tontería categórica.

El poeta de la melena. — ¡Vaya usted a que le pelen inmediatamente!

Desde que compra Teresa, los corsés Casa de Presa ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Giroflay. San Sebastián.
Son sus epigramas ¡ay!!, una birria, Giroflay.
Mejor dicho, son catorce birrias, a birria por epigrama.

El mendigo de San José. — ¿Y por qué, en lugar de sacarse de la cabeza esos chistes tan odiosos, no se saca usted los parásitos que le estarán atormentando?...

Calibancito. Madrid. — No podemos publicar elogios a Litri. Nos lo tienen prohibido terminantemente los Estatutos porque se rige la sociedad editora de BUEN HUMOR. Y además, que nosotros no admitimos más torero que el Chieco de la Panracia Rodríguez, que ya verá usted el día que debute. ¡Se los va a comer a todos!

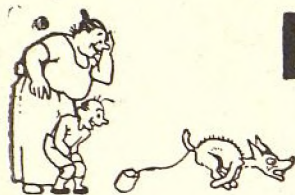
DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO —
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

CH Madrid. — ¡Eres un pelmazo con incrustaciones de estupidez y adornos de anemia fosfórica! ¡Que te vea el médico! ¡Y que nosotros no te veamos más por aquí!

Valiente. — Tendrás valor como individuo arrojado, pero como escritor eres una birria de valor.

Pío. Madrid. — Rechazado hasta la muerte.

CUPÓN
Correspondiente al núm. 194 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, el así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

- Oye, Fanny, ¿no te bañas ahora?
—No; porque aún no he hecho la digestión.
—Anda, tonta, ¿y por qué no la haces?

Jovi y Naína.

Un cura preguntó a un gitano que se estaba confesando, si sabía algo de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y éste, al oír la pregunta, saltó por patas del templo dejando al cura solo.

En la carrera se encontró con unos amigos a los que preguntó dónde iban —a confesar le contestaron—. El gitano, muy asustado, les dijo:

—No se os ocurra ir por allí, que andan averiguando la muerte de un gachó y a mí me querían echar la culpa.

Leoncio Rivas Alarcón.

—Mamá, yo no vuelvo más al colegio porque el maestro ha pegado a un niño y todos se reían de él.

—¿Y tú, qué hacías?

—Llorar.

—¿Por qué?

—Porque me dolía.

Goal.—Valladolid.

—¿Por qué has merendado en casa de doña Elvira? ¿No te he dicho que no comas nada fuera de casa?

—Mamá, si yo no lo quería; es que empezaron: «No seas tonto; cógelo, Luisín; no seas bobo», y yo lo cogí para que no me insultasen.

Pope.—Valladolid.

Se presenta un andaluz en el Centro Electrotécnico, solicitando ingresar en el batallón de Radio.

El coronel.—¿Usted sabrá que para pertenecer a este cuerpo es in-

dispensable tener algunos conocimientos de la Radio.

El andaluz.—Sí, señor; yo he sido mucho tiempo Radio... escucha. Je... oímo.—Sevilla.

En un bar andaluz.

—¿Cuánto es esto, camarero?

—Ocho, cincuenta.

—¡No, amigo!... *Cin-cuenta*, no; ¡O me hace usted la cuenta o no lo pago...

Emederre.—Ceuta.

El guardia a uno que acaba de ser atropellado por un automóvil.

—¿Qué casualidad! ¿Y era su amo el que guiaba el automóvil?

—Sí, señor. Ya me lo dijo él: que llevase esta carta que me pillaba de paso.

J. M. Galardy.—Madrid.

—¿Por qué en algunos conventos hay muebles tan bien torneados?

—Porque hay hermanas que son torneras.

Benjamín López.—Madrid.

En el Retiro.

Un joven se cae al estanque grande sin que por fortuna sufra más que el remojón consiguiente.

Un guardia que presencia el caso saca la pistola precipitadamente y se dirige a él.

Un transeúnte que lo observa, le dice: ¿Pero, qué va usted a hacer?

—Pues pagarle un tiro y dejarlo seco.

Ignotus.—Madrid.

—¿Cuál es el trabajo más antiguo?

—El de curtidor, porque nuestros primeros padres trabajaron en cueros.

*Rosario Antolín.
Venta de Baños.*

Un guardia de Seguridad lleva a la Comisaría a un individuo que no puede sostenerse en pie de la borrachera tan fenomenal que tiene.

El guardia.—Venga, hombre; ande derecho; póngase el cuello bien y abróchese la americana.

El borracho.—Pero, oiga usted, guardia, ¿es que para ir a la cárcel, hay que ir presumiendo?

Carlos Fernández.—Tetuán.

Aceritije.

—¿En qué se parecen los albañiles a los tejedores?

—En que los unos hacen tejados y los otros tejidos.

*Antonio Segundo.
Alcazarquivir.*

Conferencia en pro de la chinche. El orador.—Y no solamente debemos no aniquilarla, sino que es de razón el protegerla, puesto que lleva nuestra misma sangre.

Masto.—Madrid.

Ella.—Te apuesto una bolsa de bombones contra un ciento de cigarrillos a que no me voy a casar nunca.

El.—¿Y si pidiese yo ahora tu mano?

Ella.—Entonces sería cosa de no apostarnos nada, ¿no te parece?

Dosia.—Santander.

—Oye, Lulú; ¿será cierto eso de que el amor con la ausencia crece más?

—Ya lo creo, amiguita, y si no mira: desde que se marchó Palito a Toledo, quiero a Pepe Luis de un modo mucho más estrepitoso.

Kotolino.—Santander.

—¿Cuál será el último atrevimiento de la Sociedad de Autores?

—Querer cobrar el derecho de propiedad a las Diputaciones vascas por el concierto económico.

Mindoro.—Bermeo.

Amor veloz.

—Lili, eres un encanto, tocas admirablemente el piano.

—¿Sí, monín? Pues en obsequio tuyo, voy a tocarte una Marcha de Bach. ¿Preferes «La toccatta y fuga»?

—¿Que si prefiero? Espérate un poquito que voy a avisar al chauffeur.

Emilio Sanchis.

—Querer cobrar el derecho de propiedad a las Diputaciones vascas por el concierto económico.

Mindoro.—Bermeo.

Amor veloz.

—Lili, eres un encanto, tocas admirablemente el piano.

—¿Sí, monín? Pues en obsequio tuyo, voy a tocarte una Marcha de Bach. ¿Preferes «La toccatta y fuga»?

—¿Que si prefiero? Espérate un poquito que voy a avisar al chauffeur.

Emilio Sanchis.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

—Pero, doctor; ¿no le parece a usted que el aceite de almendras es un remedio muy antiguo para darle al nene?

El médico.—Es que los nenes nacen desde hace mucho tiempo también, señora.

A. P. P.—Ceuta.

—¿Qué constipado estoy!... ¿Qué haces tú cuando lo estás?

—Toser.

Pilarín.—Santander.

Una señora muy romántica le pregunta a un caballero muy guasón:

—Oiga usted, ¿qué media entre la risa y el llanto?

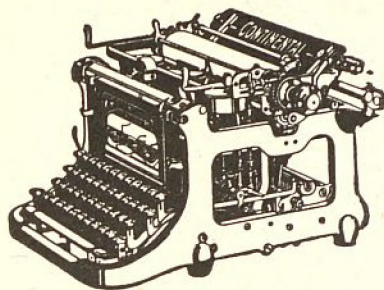
—Pues... la nariz—contesta el interpelado.

S. Juan.—Irún.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

La máquina de escribir CONTINENTAL es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
 BARCELONA.-Clarís, 5.
 VALENCIA.-Mar, 8.
 BILBAO.-Ledesma, 18.
 PALMA DE MALLORCA.-Quiat, 7.
 SEVILLA.-Rivero, 7.
 TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



El niño (tomando su primer baño de mar).—*Ponme el agua más caliente, mamá.*

(De Passing Sbroix, Londres.)

VELLO

DESAPARECE
 INMEDIATAMENTE
 CON EL

DEPILATORIO
GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

PIES

AGILES Y JUVENILES
 PROPORCIONA
 EL

PÉDILUVE
GVIDOR

SALES MINERALES PERFUMADAS

Estuche, 3,75 pesetas

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 29. BARCELONA

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
 toda clase de insectos.

Agencia para la venta de BUEN HUMOR
en TAMPICO (Tamps) MÉXICO D. Hermenegildo David G., Apartado núm. 50



—¿Verdad que la ausencia enciende el amor?
—Sí; porque desde que se fué Juan siento frío.

(De London Mail, Londres.)

INDRA PERLA
LA CASA MÁS SURTIDA
AL TODO DE OCASIÓN
FUENCARRAL, 45

FÁBRICA DE LUNAS
Y ALMACÉN DE CRISTALES
BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO
F. FERNÁNDEZ
FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial **LOGROÑO**

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Hay ascensor.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus benéficos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin sentirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—¿De modo que tú consideras al matrimonio como una lotería?

—De ningún modo, hija mía; en la lotería siempre hay alguna probabilidad de ganar.